

BERTA ULLOA ORTIZ, 1927-2003

Un amor entrañable por la tierra, la de sus antepasados en Nayarit y la de su infancia en Veracruz, marcaron el principio y el fin de la vida de Berta Ulloa. Siempre añoró el puerto jarocho con su sabrosa comida, ambiente guapachoso y estupendo café. Gracias a la generosidad de su sobrino, Manuel Ulloa, pudo pasar sus últimos meses a la orilla del mar, viendo correr los niños sobre la arena y volar las gaviotas sobre las olas.

Entre ese punto de su partida definitiva del puerto veracruzano y su nacimiento en la ciudad de México, 76 años antes, transcurrió una vida cuya característica sobresaliente fue la entrega: a cuidar a sus familiares, amigos y compañeros y a cumplir con sus compromisos profesionales. Volcó su cariño y buena voluntad hacia los suyos y los extraños y en particular, hacia sus colegas del Centro de Estudios Históricos.

El primer amor de Berta fue la historia prehispánica. Pensaba dedicar la vida a su estudio cuando se interpusieron en su camino otros muchos proyectos, como recorrer los archivos de Europa y de América en busca de fuentes para la historia contemporánea. Animada por Daniel Cosío Villegas, anduvo desde Argentina hasta Estados Unidos, Francia e Inglaterra para conocer sus ricas colecciones documentales. La amistad que hizo con investigadores como Robert Potash nunca se desvaneció.

Berta fue de la “fábrica”, esa organización ideada por Cosío Villegas para investigar, redactar y publicar la «Historia de la Revolución Mexicana». Las horas dedicadas a este proyecto fueron incontables, como lo fueron también para otros colegas suyos que formaron una generación de respetados historiadores: Luis

González y Moisés González Navarro entre otros. La relación con don Luis fue especialmente estrecha, ya que Berta fue madrina de su matrimonio y de una hija. Otro historiador que compartió su vida profesional a lo largo de décadas y a quien le unía una amistad profunda fue Luis Muro, venido de tierras peruanas, cuyo destino fue quedarse para siempre en México. Con mucha paciencia Berta dedicó varios años, después de dejar la dirección del Centro de Estudios Históricos, a ordenar las fichas que había hecho Luis Muro con el fin de publicar la *Guía de Ramo Revolución Mexicana 1910-1920 del Archivo Histórico de la Defensa Nacional*. Todavía le dio tiempo de terminar un estudio de Isidro Fabela en 1996 y de Henry Lane Wilson y Henry P. Fletcher para una serie sobre embajadores, publicada en 1998.

El traslado en 1976 del pequeño mundo de Guanajuato 125, en plena colonia Roma, al lejano y despoblado Camino al Ajusco significó ocupar un edificio recién construido, todavía húmedo, extremadamente frío, donde los trabajadores, cual cuadrillas de constructores de pirámides, cincelaban a mano las inagotables superficies de los muros para darles la textura rugosa apetecida por el arquitecto. En medio del golpeteo constante y de temperaturas que recordaban Siberia, había un lugar cálido, si no caliente en El Colegio. Era el cubículo de Berta, donde siempre había café y galletas y una permanente invitación a sentarse a platicar. Ella hablaba de sus viajes, de las personas que conocía, y en medio de estas pláticas, sin sentirlo, iba emergiendo una visión de la vida, una filosofía, una moral que enaltecía los valores más admirados, por lo menos en nuestra civilización, de los seres humanos. Este espacio de reunión, antes de abrir la Sala de Profesores que ha existido desde hace muchos años en El Colegio de México, fue un lugar privilegiado para hablar de libros, intercambiar opiniones y crear la comunicación que define a una comunidad académica. Era informal, espontáneo, y reflejaba la personalidad de Berta, capaz de atraernos, de proveer un ambiente grato, sabio, virtuoso en el sentido más clásico. Así desempeñó su vocación de verdadera maestra. Nunca tomé clases formales bajo su dirección —hacía mucho que había dejado la docencia— pero lo que aprendí por la prédica y por el ejemplo se me ha grabado a mí y a muchos investigadores que estuvimos cercanos a ella.

Berta manejaba con destreza la prudencia, sin hacer jamás alarde de ella. Esto le fue especialmente útil en tiempos de crisis como durante las huelgas de los ochenta. Su casa se convirtió en el Centro de Estudios Históricos en el exilio, su voz la de la con-

ciliación. Nunca echó leña al fuego, ni se sobresaltó. Le tocó administrar la pobreza, después de décadas de relativa bonanza, que hizo con discreción, sin lamentos ni desesperación ante la ausencia de fondos hasta para timbres postales. Organizó varios libros colectivos, que significó batallar con múltiples colaboradores, no siempre puntuales, sin desesperarse. Propició un clima de trabajo, de paz, tranquilidad y respeto mutuo en el Centro, en medio de revueltas que lo pudieron haber desquiciado.

Uno de los momentos que más disfrutó fue al recibir las Palmas de Oro del gobierno francés con motivo de sus 30 años como investigadora, y por supuesto por sus contribuciones a la historiografía mexicana. Siguiéron otros homenajes a lo largo de los años, en El Colegio de México y en la Secretaría de Relaciones Exteriores, por mencionar sólo dos. Participó en el apoyo a archivos e instituciones de educación superior en la provincia, sobre todo en el Archivo Histórico de Saltillo y en El Colegio de Michoacán. Tuvo una visión integral del territorio mexicano: nada de visualizar a la República únicamente desde la ciudad capital. Comprendía los alcances regionales e internacionales de la política, como quedó demostrado en sus trabajos sobre la historia diplomática y la veracruzana. Esta experiencia la aprovechó al ser miembro fundador del jurado del Premio Banamex de Historia Regional Atanasio G. Saravía, así como en otros varios jurados que ocuparon noches y fines de semana durante meses cada año. Su dedicación a cumplir con éstas y otras tareas le privó de las vacaciones que tanto disfrutaba con su familia. Como amiga suya, no puedo escapar de cierta tristeza que provoca el recuerdo de estas privaciones, autoimpuestas, pero privaciones al fin.

Tanto colaboradores como alumnos guardan un cariñoso recuerdo de ella. Como dijo hace poco una egresada procedente de Guatemala, el calor y la amabilidad con que fue recibida en el Centro encabezado por Berta Ulloa, hace ya un par de décadas, forma parte de sus recuerdos más apreciados. Para todos aquellos que recibían su saludo cada mañana, de quienes se despedía cada tarde, que llegaban a tomar el café o simplemente a comentar los vericuetos de la naturaleza humana, su presencia fue enriquecedora, su calidad académica admirable y su calidez un ejemplo a seguir.

AUNE STAPLES

El Colegio de México